

CRÍTICA DE ARTE

Antonio Murado, el arte en libertad absoluta

La pintura de Antonio Murado ha viajado mucho, ha visitado países muy diferentes para experimentar desde lo más íntimo vivencias ajenas y proyectarlas hacia su obra. Este peregrinaje al revés ha ido enriqueciendo su trabajo y hoy el lucense puede presumir, aunque no lo haga, de ser ya una referencia en la plástica gallega.

La fascinación por la serialidad le ha llevado a colgar de la compostelana 'Galería Trinta' series con títulos tan sugerentes como "Marañas" o "Pizarras". Parece como si sobre este último objeto volcase lo deseado pero sin mediación o reflexión, sino de manera virgen. Todo en estos lienzos a modo de amniosis flota en libertad: meandros, círculos y hojas contienen otra dimensión distinta a la utilitaria. Hay una estructura lírica. Formas onduladas, sueltas, se desparraman por la superficie del lino, discurren con absoluta libertad, el don supremo del ser.

En este gusto por la acción, por el gesto innominado, espontáneo y automático, Murado se deja influir por el

ambiente de "action painting"; no en vano el artista se ha afincado en Nueva York, la cuna de este movimiento.

En la obra del joven lucense intuimos ecos de las abstracciones informales de Pollock, de esa fluidez que lo caracteriza, sin olvidar aquellas recomendaciones de Bretón para crear un texto surrealista en el que afirmaba la necesidad de escribir rápidamente sin tema preestablecido, rápido para no recordar y releer lo escrito.

En esta pintura gestual nos percatamos de que Murado es un artista subjetivo que saca al exterior del lienzo la



Por
Fátima
Otero

única realidad: la íntima del artista pidiendo paso para desahogarse. Entonces se deduce que lo expuesto es real porque refleja la identidad profunda del que lo ha hecho posible.

Murado solloza, arranca toda la fuerza contenida en su gesto y el espectador se deja atraer inexorablemente por su energía, por su canto enigmático. Sus lienzos tienen propia autonomía con independencia del aspecto que ofrece la naturaleza. Exigen una complicidad, una entrega absoluta, para sumergirse en el medio y saborear la esencia de la obra.

Ha corrido riesgos el arte de Murado. Desde sus primeras exposiciones ha abandonado todo rasgo figurativo y ha ido enriqueciendo su paleta con sus vivencias y desvelos. Hoy es figura reconocida en el ambiente artístico internacional. Sea como fuere la interpretación de su obra, queda como algo misterioso. Puede haber una clave al analizar su trabajo, pero se presenta como inaferrable y está en continuo movimiento porque imita la vida anímica de la naturaleza. Es una pintura buena en sí, dotada de un ritmo que si se destruye, altera su flujo interior.

El autor utiliza el óleo sobre una base de lino, materia prima de origen vegetal utilizada en España desde la antigüedad, y vincula así su trabajo con el mundo del tejido. Sus lienzos sugieren telas hispanomusulmanas en las que destacan la ausencia de elementos figurados y predominan los rasgos geométricos. Es como volver a la naturaleza del arte, a retomar las primeras manifestaciones artísticas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.